

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Carlos Luis de Cuenca.—Farsalia. Estudio histórico, por D. Emilio Castelar, de la Real Academia Española.—Los que nos quieren, por D. A. Sánchez Pérez.—Extrañas. Las gafas mágicas, por D. Alfonso Pérez Nieva.—De ayer, por D. Eduardo de Palacio.—Rayo de Sol. Fragmentos de un poema en prensa, por D. Manuel Reina.—Al maestro Caballero, poeta, por D. José Jackson Veyán.—Por ambos mundos. Narraciones cosmopolitas, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Certamen, por C.—Libros presentados a esta Redacción por autores o editores, por C.—Suellos.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato de la Excm. Sra. D.ª Concepción Benjumea de Polavieja, marquesa de Polavieja.—Madrid: Inauguración del nuevo local del Circulo liberal.—Castillo de Chantilly, donado por S. A. R. el Duque de Aumale al Instituto de Francia.—La carrera de estafetas: Retratos de Adolfo Rodrigo (*Juanito Peñal*) y Luis Lozano, iniciadores de la carrera de Barcelona a Madrid.—Medalla conmemorativa ofrecida al general Polavieja.—Juan Lozano, campeón de España, portador de los autógrafos del General desde las Ventas del Espíritu Santo a la Asociación de la Prensa.—Llegada del campeón de España a dicha Asociación.—Barcelona: Desembarco del general Polavieja. Aspecto de la plaza de la Paz al paso de la comitiva por debajo del arco erigido con motivo de la llegada del ilustre General.—Madrid: Salida de la comitiva de la estación del Mediodía.—Paseo de la misma por la Puerta del Sol.—Obsequios dedicados a los Excmos. Sres. Marqueses de Polavieja.—Serenata al General, organizada por los estudiantes.—Paris: Incendio del Bazar de la Caridad. Retratos de algunas de las víctimas.—Nueva York (E. U. de Norte-América): Fiesta naval en el río Hudson con motivo de la inauguración del monumento erigido en «Riverside Park» a la memoria del general Grant.

CRÓNICA GENERAL.



¿Qué va usted a escribir en esta Crónica?

—En primer lugar, sortearé como pueda lo de la llegada y recepción del general Polavieja.

—¿Cómo sortear?...

—Porque en todo lo que se roza con la política es tanta la obcecación de los que pugnan por el pro y el contra, que es difícil decir la verdad, permanecer neutrales y no ofender a nadie: por fortuna, el público, el verdadero, el que mira de frente a los que representan, y ve, como decía Barrutia, la comedia al revés de los autores y cómicos, distingue bien lo que creen tener oculto los que actúan en la tragicomedia de la vida pública. Es indudable que se ha querido hacer del General y su regreso arma para hostilizar y hacer daño al Gobierno; y no es un secreto para nadie, y, si lo fuera, la prensa ministerial se ha encargado de ponerlo en evidencia, que el Gobierno vea con poco gusto que se convirtiese al general Polavieja en caudillo popular. Había pasado el periodo de los jefes de partido militares que dirigieron la gobernación durante cerca de medio siglo, y tuvieron el ejército dividido: no era sino alta y previsora política apartar la fuerza armada de los partidos para que formase íntegro y robusto el organismo de la defensa nacional, y sin otro espíritu que el patriotismo y el culto de su honrosa profesión: este aspecto de la oposición al encumbramiento de tal ó cual General que los agitadores tratasen de constituir en caudillo político era elevado, pero exigía tiempos más afortunados y pacíficos, ó una gobernación tan feliz que hubiera podido prevenir y evitar el que España, comprometida en dos guerras, no tuviera por suprema preocupación el dominarlas, y, por consiguiente, no fijase con todo interés la vista en los jefes de sus fuerzas, se interesase en sus ventajas y cobrara afición y diese importancia a los que simbolizaran aciertos y ganaran fama justa: que en tiempo de guerra los paisanos se empequeñecen y a los militares les imponen las mismas circunstancias. Cuando algunos periódicos, con no disimulada intención, trataron de organizar un paseo triunfal al victorioso general Polavieja, había en su iniciativa un acto de justicia, pero enebria ciertas espinas que molestaban al Gobierno y a otras entidades: había también—¿por qué ocultarlo?—cierta prevención contra la invasión de atribuciones, por decirlo así, del periodismo, que siendo un elemento de información y de crítica imparcial, se contenta en actor de hechos que luego había de referir y juzgar. De aquí las protestas, distingos y aclaraciones que determinaron y explicaron en las juntas preparatorias el alcance y significación patrióticos de una ovación que hubiera resultado natural y espontánea por la fuerza de las cosas, dejada a la buena voluntad del público, que hubiera recibido con aplausos y vitores al General sin meterse en honduras y haciendo esta sencilla reflexión:—Marchó a Filipinas para combatir la rebelión; fusiló, no a los pequeños y humildes alucinados, sino a los cabezas de la sanguiñaria sublevación; dirigió una rápida campaña que dejó quebrantada la rebelión, y enfermó al realizar aquella empresa. ¡Viva el general Polavieja y cuantos le secundaron con las armas! ¡Viva el ejército!

—¿Cree usted que el público hubiera cumplido ese deber?

—Sí lo creo; y en caso contrario, ¿a qué suponerle un entusiasmo de que carecía?

—Eso no, alguien ha de iniciar las manifestaciones colectivas.

—Cuando el público siente algo, lo demuestra sin necesidad de excitaciones: a mi juicio, esta vez más han perjudicado que favorecido al General sus defensores: mi opinión es que, a pesar de éstos y de la oposición mal disimulada de la parte contraria, la recepción ha sido digna y entusiasta en todas las poblaciones y en esta capital.

—¿Pero usted cree en esa oposición de que se habla?

—No puedo ya dudarle: un suelto de *La Epoca*, de esos que por su gravedad no se suelen escribir en las redacciones, ó por lo menos sin inspiración oficial, revela a España que el acto de asomarse la Real familia al balcón y contestar al saludo del general Polavieja ha necesitado explicaciones, que, a decir verdad, he leído con tristeza, y temo que han de aprovechar los enemigos del Gobierno.

—¿Y tratará usted de eso en su Crónica?

—Lo apuntaré, como todo lo que va dicho, muy ligera-

mente, y crea usted que se me quedará lo mejor en el tintero. Sólo me atreveré a recordar que un día el Rey D. Alfonso XII, por iniciativa propia, se trasladó a Aranjuez para visitar a los coléricos, y aquel arranque extraordinario no sólo le valió una ovación del público, sino que aun se recuerda con amor: hoy, el niño D. Alfonso XIII, por impulso infantil y generoso, salió al balcón con sus hermanas para saludar al general Polavieja y con él a todo el ejército español, produciendo una ovación popular no preparada. Y es que a los pueblos se les atrae más con el corazón que con los artificios. Podría decirse que el Rey, adelantándose cinco años a su mayoría, empezó sin saberlo y con aquel acto su reinado.

—¿De modo que no aprueba usted aquel suelto?

—Seguramente que no.

—Entonces hace usted oposición al Gobierno.

—Hago historia nada más. Nadie respeta, y en el fondo del corazón quiere, desde lejos, mejor que yo, y reconoce el gran entendimiento del Sr. Cánovas del Castillo; pero los hombres públicos son influidos en las altas posiciones por consejos ó informes no siempre leales y prudentes, que tuercen su recta inclinación; y al que ha acertado tantas veces y se le ha reconocido, bien puede advertirsele respetuosamente algún error. Porque lo primero es lo primero, y nadie es infalible: bien es cierto que, como en el fondo de todo lo que parece mal hay algún bien, alguno puede extraerse del suelto que comenta todo el mundo: el bondadoso carácter de la Reina.

—Eso es indudable: ¿y no podría suceder que el suelto famoso fuera realmente de redacción?

—Se ha observado por todo el que tiene práctica del periodismo que las noticias y sueltos que producen mal efecto en los periódicos proceden siempre de fuera; de todos modos, las Cortes ya funcionan y debemos confiar en que sean satisfactorias las explicaciones del Gobierno; el Sr. Cánovas del Castillo ha prestado muchos servicios a la Monarquía, y en su amor a ésta y en su talento hallará la manera de disipar la nube que se ha formado.

—Suficient: que demasiado se ha de comentar este asunto, y no con las buenas intenciones de usted, que no tiene interés en pro ni en contra.

—Eso creo; y es el caso que no se me presta mucho la obra benéfica que los Estados Unidos tratan de hacer con los súbditos americanos empobrecidos por la guerra de Cuba. No la hubieran promovido, y no habría necesidad de los socorros. Pero es singular la hipocresía de esa gente: por un lado, mandan filibusteros, carabinas, cañones y dinamita para sostener la guerra, que sin ellos no hubiera durado mucho tiempo; por otro, lamentan sus desastres, que son en realidad un negocio *yankee*, si bien limitado a algunos y en perjuicio de los más; que en estas aventuras ciega la idea de la ganancia y no se ven los perjuicios y las pérdidas. En cuanto a los propósitos de los comerciantes de la gran República, que ruegan a su Gobierno influya para la conclusión de la guerra, no dejan de ser elocuentes, y nosotros los interpretamos de este modo: impide que en los Estados Unidos se alimente esa desastrosa guerra, y deja que España pacifique.

—Dirá usted algo de las negociaciones para concluir la guerra greco-turca....

—¿Por qué no decir turco-helena?

—Porque debe ir en primer término el que la promovió.

—Cuestión de palabras. La verdad es que los turcos han aprovechado los últimos días poniendo un punto final de importancia a su campaña, sin duda para poder ser más exigentes, como lo son, fundándose en razones que tendrían mucho peso si se tratase de una nación que estuviera dentro de la ley común. Ahora resulta que el derecho internacional no es único, sino vario. Los turcos, como estado musulmán, no pueden aspirar a reconquistar estados que han pasado al poder de los cristianos. Esta excepción nos complacería si fuese cierta y no recordásemos la oposición que tuvo España para conservar lo conquistado en territorio marroquí. Pero no nos metamos en honduras. Contra los consejos y aun órdenes de Europa, Grecia y los cretenses se opusieron a obedecer las decisiones del Congreso diplomático, apoyadas por una escuadra formidable; y ¿qué hizo Europa? Ver la dificultad de hacer efectivas sus amenazas, y eso que se trataba de una isla y una nación pequeñas. ¿Qué medio coercitivo empleará si Turquía, envalentonada por sus triunfos, no cediese? Suponemos que cederá; pero si comprende que la unión de las potencias es hoy más problemática que cuando bloquearon a Creta, nada tendría de extraño que se resistiera a transigir. Ello dirá; pero las negociaciones no tienen apariencia de ser fáciles, ni el Congreso internacional de que sus deliberaciones no produzcan algún conflicto inesperado.

—¿Conocía usted al Sr. García Ayuso?

—Sólo de fama, y personalmente de haberle visto leyendo en la tribuna de la Academia Española de la Lengua su erudito discurso de recepción. No aparentaba por su edad que dejaría tan pronto vacante su sillón. Sé que era catedrático de alemán en la Escuela de Comercio; que había hecho traducciones de lenguas aquí poco sabidas; tenía reputación de buen filólogo, y no me hallo en aptitud de comprobar la extensión y valía de sus conocimientos en una ciencia tan complicada y ajena a mis estudios y aficiones; sólo sé que los entendidos le consideraban mucho, y que la Academia pierde en él un especialista.

—¿Asistió usted a la fiesta del Ateneo en obsequio de los Sres. Balaguer y Pedrell, autores de la trilogía *Los Pirineos*?

—Fué brillante; primero por la concurrencia: nunca he visto aquel salón tan pintoresco, ni tantas señoras reunidas, ni un efecto tan bonito de plumas y colores. Los hombres, con sus trajes oscuros y feos, estaban como excluidos y arrinconados. Y no fué menos variada y selecta la función artística y literaria. Empezó por uno de esos fáciles discursos del ilustre orador Sr. Moret que asombran por su belleza y dominio de la palabra: siguió una explicación técnica de D. Gabriel Rodríguez, el más entendido musicógrafo de todos los oradores, como artista consumado que es, y empezó la lectura del prólogo de *Los Pirineos* el Sr. Ferrari.

—Buen poeta.

—Emilio Ferrari, no sólo es un gran poeta, sino un gran lector; su traducción del poema ó invocación del bardo, escrita en catalán por D. Víctor Balaguer, y vertida por Ferrari al castellano en hermoso verso libre, fué leída con maestría, calor y voz magnífica, y saludada con aplausos y la llamada al tablado del autor catalán, que, invitado por el Presidente, se sentó en el estrado entre los vitores de la concurrencia.

—¿Y la parte musical?

—Fué la última. Como era imposible improvisar una orquesta, ni dar a conocer en su carácter teatral la magnífica partitura, hubo de limitarse la audición a dar idea de algunos números, de corte original, todos ellos aplaudidos y saboreados por la selecta concurrencia, siendo repetida la última pieza concertante, de efecto grandioso y solemne. Pero como de música no entiendo, y LA ILUSTRACIÓN conoce por la autorizada pluma del Sr. Esperanza lo que vale aquella obra, me limitaré a decir que el Sr. D. Felipe Pedrell obtuvo un triunfo, y el Ateneo y su digno Presidente debieron quedar satisfechos y orgullosos de su fiesta.

—¿Fué la misma noche en que los estudiantes obsequiaron al general Polavieja con una serenata?

—Por cierto que hubo alguna alarma al salir la concurrencia del Ateneo, por haber corrido voces de que había gritos y carreras en la Puerta del Sol y se repartían sablazos. Muchas señoras se negaban a salir, temerosas de encontrarse en el reparto; pero llegaron noticias más tranquilizadoras: los sablazos se habían concluido hacia rato, según unos; y según otros, no se habían dado. En realidad, lo sucedido ni aun merecía mencionarse; pero los hechos se abultan de boca en boca, y como los ánimos no estaban tranquilos, fácilmente creían en motines y trastornos.

o o

—¿Y dónde se quedó usted manco?

—En la travesía de Filipinas me amputó la mano derecha el cirujano de a bordo.

—De modo que la desgracia es doble....

—¿Por qué?

—Porque es usted manco, y cualquiera le puede decir a usted que no sabe dónde tiene la mano derecha.

—Estoy completamente arruinado y no sé componerme para vivir.

—¿Qué sabes hacer?

—No he hecho otra cosa que pasear.

—Entonces pide una plaza de guardia de Orden público.

—Todos tenemos, si no un recuerdo claro, una vaga reminiscencia de lo que fuimos en la última encarnación. Reflexiona bien. ¿No presumes lo que fuiste?

—No doy en ello.

—Vamos despacio; ¿no tienes idea de haber sido moscón?

—¿Por qué te lo figuras?

—Porque siempre me traes malas noticias.

—¿Puedes descifrarme estos renglones?

—Sí, con dificultad; pero los entiendo.

—Yo escribo mis cuartillas y luego no puedo leerlas.

—Feliz tú.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LA EXCMA. SRA. DOÑA CONCEPCIÓN BENJUMEA DE POLAVIEJA, marquesa de Polavieja.

De una artística fotografía de Edgardo Debas reproducimos hoy en nuestra primera página el retrato de la distinguida dama cuya belleza, virtudes y talento son el encanto del tranquilo hogar donde el ilustre vencedor de los tagalos halla las dulces solitudes del cariño tras las fatigosas tareas de la última campaña.

La Marquesa de Polavieja, que durante meses muy largos para la natural ansiedad de su corazón ha sufrido pensando en todo momento en los riesgos que su esposo corría en aquel país rebelde, y en el peligro que el clima de Filipinas ofrecía para la quebrantada salud del General, experimenta ahora gratísima impresión al verlo nuevamente con los laureles de la victoria, la satisfacción del deber cumplido y las aclamaciones de entusiasmo de una nación agradecida.

A esta inmensa satisfacción, que compensa las pasadas amarguras, unirá la ilustre dama la que la habrán producido seguramente las muestras de general simpatía que ha recibido en su reciente viaje. No sólo la condición social y los honores oficiales comparte la mujer con el marido en nuestra tierra; porque pueblos como el nuestro tan poco avaros de sus entusiasmos, no saben separar en sus simpatías a los seres que unió la bendición del cielo con los honrados vínculos del cariño.

Identificados con esta manera de pensar y de sentir, enviamos a la esposa del general Polavieja nuestra más respetuosa y sincera felicitación.

o o

MADRID.

Inauguración del nuevo local del Circulo liberal, celebrada el 10 del corriente.

En el grandioso edificio de la calle Mayor conocido generalmente por el nombre de *Casa de Oñate* se ha instalado el nuevo Circulo liberal, cuya inauguración se celebró